

IBIECA

Ibieca se encuentra situada en pleno Somontano oscense entre los ríos Alcanadre y Guatizalema, a unos 23 km al Este de la capital. Para llegar hasta allí se toma la carretera que va hasta Barbastro; una vez pasada la población de Siétamo, se coge un desvío hacia la izquierda y, atravesando el casco urbano de Liesa. Unos 6 km más adelante se llega al pequeño pueblo de Ibieca, con sus calles de trazado irregular y sus edificaciones de carácter tradicional de grandes portalones en arco de medio punto donde, se puede leer la fecha de construcción, en muchas de sus claves, levantadas casi todas ellas en la segunda mitad del siglo XVIII.

Siguiendo a Escolástico Ferrer Villa, el origen de este nombre puede hallarse en los numerosos ibones, o pequeños lagos, que encontramos en el término municipal. Respecto a la ocupación de este territorio, los restos hallados en las cercanías de la ruinoso ermita de San Pedro indican un poblamiento romano de época bajo-imperial y posteriormente hispano-visigoda.

Pero las primeras noticias documentales nos llegan en el año 1099, cuando Pedro I de Aragón confirma la donación al monasterio de Montearagón de la iglesia de Citrana, caserío cercano a Ibieca que quedó despoblado hacia el siglo XV. En 1104, aparece mencionado por primera vez el nombre de Ibieca, en la concordia suscrita entre el obispo de Huesca y el abad de Montearagón, sobre las iglesias correspondientes a cada jurisdicción. En 1248, en el poblado en que ejercía su señorío Ximeno de Foces se erigía, a 2 km de distancia, el santuario dedicado a San Miguel para el panteón familiar, donándose poco después a la orden hospitalaria de San Juan de Jerusalén.

Los siguientes datos que tenemos en cuanto a la propiedad de la tierra hablan que, en 1389, era de Miguel de Gurrea. El 20 de enero de 1440 Alfonso V de Aragón concedió a Lope Jiménez de Urrea el mero y mixto imperio y la jurisdicción civil y criminal sobre Argamesa e Ibieca como pueblos habitados y los despoblados del lugar de Foces y Castelnou y en el siglo XVI era de Juan de Gurrea y en 1610 de Gaspar de Bolea.

Santa María *Iglesia de San Miguel de Foces*

A POCO MÁS DE 2 KM DE IBIECA se encuentra esta iglesia que ilustra la transición del románico a los nuevos conceptos del gótico. Declarada Monumento Nacional el 13 de marzo de 1916, su singularidad radica en su arquitectura, sus pinturas y su ubicación aislada en un entorno de singular belleza, con unas magníficas vistas de la Sierra de Guara.

Es el único resto del pueblo que allí hubo, reconquistado a los musulmanes por Sancho Ramírez. Foces fue en la antigüedad un castillo roquero que, aprovechando como base una escarpada peña, resultaba ser una de las fortificaciones más importantes por su situación estratégica en el Camino Real que unía Huesca con Alquézar. Por las noticias que se tienen, este castillo reconquistado a los musulmanes en época de Sancho Ramírez, se lo regaló Pedro I a un caballero fiel que le acompañó en la conquista de Huesca (1096) en gratitud por la ayuda prestada. Se construyeron alrededor de este castillo varias casas para vivienda de sus defensores en tiempos de paz, lo cual dio origen al poblado de Foces del que aún se conservan algunos restos de cimentaciones en las inmediaciones de la peña donde estuvo el castillo.

Los Foces fueron una de las familias más influyentes del reino aragonés, nobles "de natura", esto es, se decían descendientes de los supuestos doce magnates de la conquista aragonesa encabezada por Pedro I de Aragón en el siglo XI y ocuparon altos cargos dentro de la administración política catalano-aragonesa participando en numerosas campañas bélicas al lado de los reyes e incluso financiando económicamente la cruzada de Jaime I a Tierra Santa.

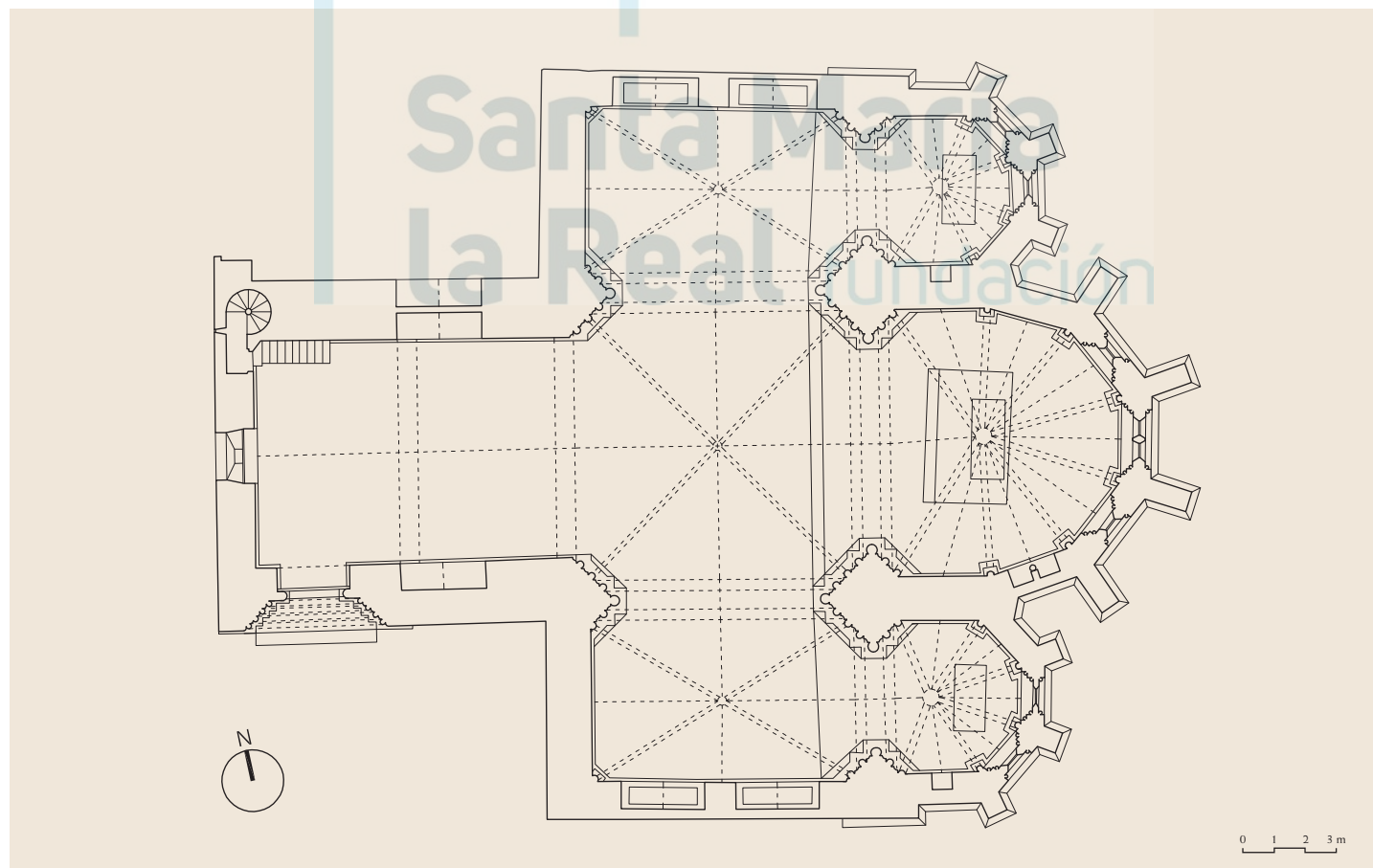
La historia nos habla de Ortiz de Foces, que se encontraba entre los nobles que prestaron juramento de fidelidad en Sariñena al testamento que hizo en dicha villa el monarca aragonés Alfonso el Batallador en 1134.

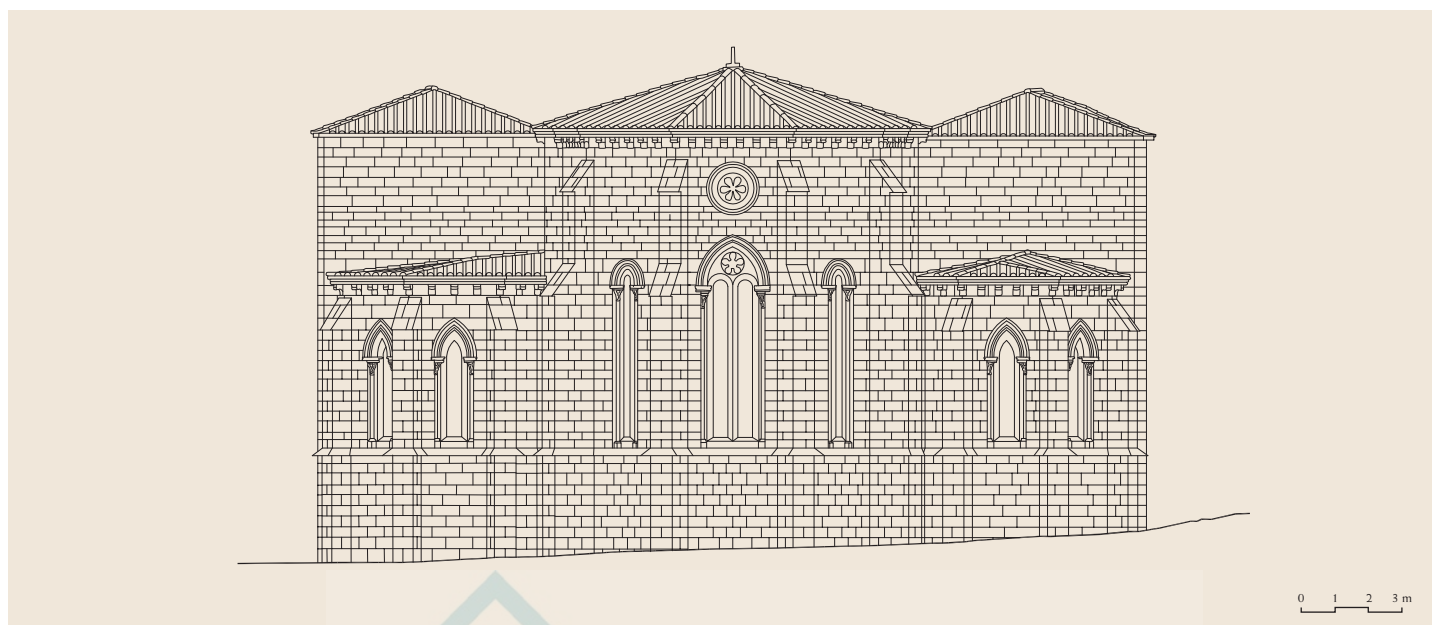
Ramón de Foces aparece citado entre los nobles que Ramiro II mandó decapitar en el trágico suceso de "la Campana de Huesca", hecho que sucedió probablemente en el año 1136 de nuestra Era. El cadáver de Ramón de Foces, junto con el de los otros decapitados, fue sepultado en una capilla en el templo de los caballeros de San Juan de Jerusalén de Huesca que estaba contiguo al palacio real. En 1163 se convocan cortes en Zaragoza, a las que asisten los ricos-hombres



Vista general

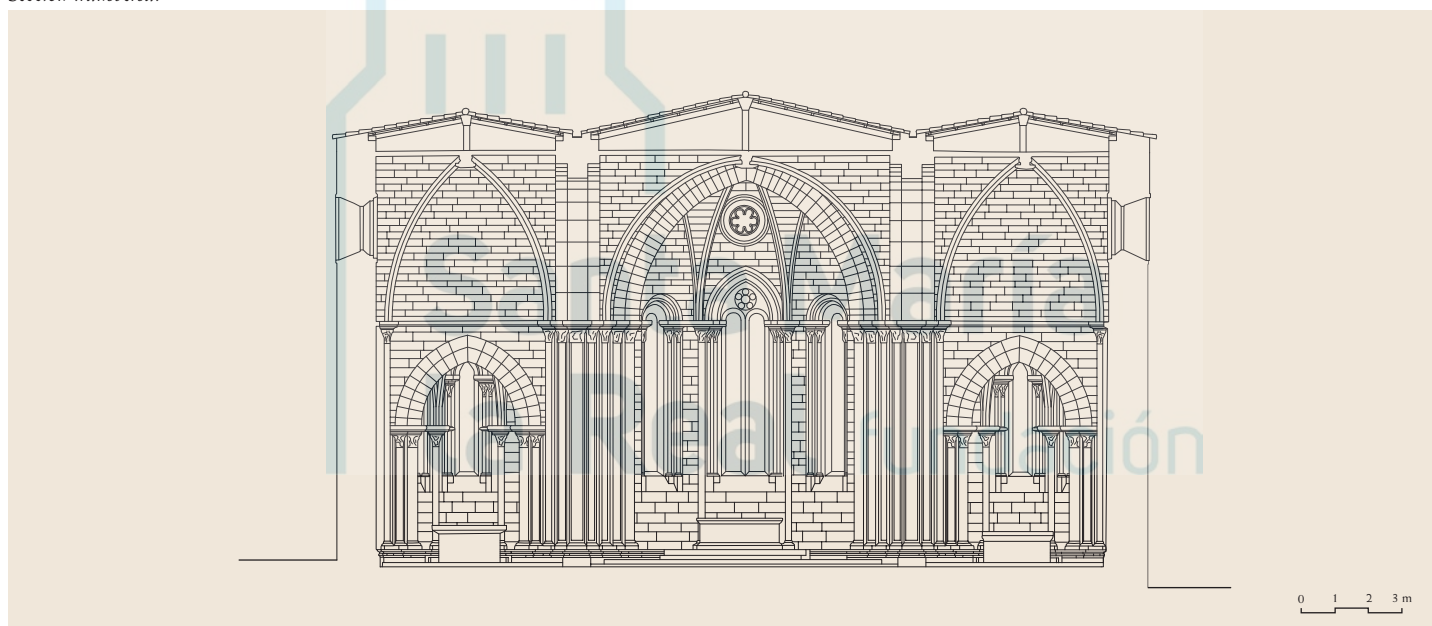
Planta





Alzado este

Sección transversal



Lope Sanz de Foces, Galindo de Foces y Atho de Foces. Al año siguiente, estos mismos caballeros, junto con Portolés de Foces, figuran en el acuerdo de paz convenido en Zaragoza entre Alfonso II y varios nobles aragoneses.

Otro noble a destacar de esta familia fue Artal de Foces, del que sabemos que acompañó a su rey Pedro II a la célebre batalla de las Navas de Tolosa (1212) y fue uno de los caballeros que llevó al pontífice Inocencio III los presentes que le enviaron nuestros reyes, consistentes en la lanza y el pendón del califa Muhàmmad an-Nàssir vencido en la batalla. A su vez, el pontífice dio a Artal varias reliquias, entre ellas un

trozo de *lignum crucis*, que se conservaron en la capilla del castillo de Foces, las cuales dio su hijo Eximino al convento que mandó construir en Foces y que más tarde se colocaron en la consagración del altar de la ermita de Santa María del Monte en Liesa, donde hoy se siguen venerando.

Eximino de Foces, distinguido cortesano de la época de Jaime I, fue nombrado procurador general del reino de Valencia en 1258, tras su conquista en 1238. Fue él quien mandó levantar este suntuoso templo dedicado a San Miguel, convertido en panteón de la familia. La obra se terminó en 1259 y poco después fue donada a la Orden de San Juan de

Jerusalén junto al castillo y la villa de Foces. A partir de este momento los Foces trasladan su residencia al castillo de Albaida en Valencia, donde se asentaron definitivamente para participar en la expansión por el Mediterráneo

El último de los Foces que recibió sepultura en el panteón familiar fue Atho, hijo de Eximino que fue mesnadero del rey Jaime I. Cuando murió en Barcelona el rey Alfonso III, Atho de Foces se encontraba presente siendo uno de los tres representantes del reino de Aragón que fueron a Mallorca a esperar al futuro monarca don Jaime II, hermano del anterior.

No ha de resultar extraño, dada la cercanía de esta familia tan influyente a la monarquía así como su poder económico, que quisieran reafirmar su *status* construyendo un gran panteón familiar. Debido a la envergadura del proyecto y el breve periodo de ejecución, tan sólo diez años, se observa que trabajó una gran cantidad de personas, atendiendo a las numerosas marcas de cantero que se pueden observar en sus piedras. Desde la llegada al papado de Inocencio IV en 1243 se posibilita el enterramiento selectivo de personalidades relevantes en el interior de las iglesias, un hecho que ya se venía practicando por la realeza en templos tan importantes como San Juan de la Peña o San Pedro el Viejo de Huesca lo cual, aparte de producir un acercamiento a Dios, llevaba consigo el enaltecimiento del linaje y el recuerdo por parte de las generaciones posteriores.

Así pues esta se convirtió en una práctica habitual entre las familias más poderosas; si a esto añadimos la proximidad

de Eximino, promotor y mecenas de la obra, al monarca Jaime I y a su relación con las órdenes militares, se comprende la donación que éste hace tanto de la iglesia como de la población que allí se asienta a la orden de San Juan del Hospital de Jerusalén para su vela, custodia y plegarias. Desde este momento pues, la iglesia de San Miguel, el castillo y la villa de Foces pertenecen a los Hospitalarios, bajo la condición de mantener allí un comendador y trece frailes, conservando el patronato Eximino para él y su familia.

Cuando Eximino hace donación de este lugar a los sanjuanistas, estos establecen muy cerca de aquí un hospital y lazareto para caminantes y peregrinos del que sólo queda su capilla, esto es, la ermita de Nuestra Señora del Monte. Levantada sobre un cerro cercano a Liesa, al borde de un camino que existía desde época romana, manifiesta la misión de la Orden de San Juan del Hospital de Jerusalén que consistía en la protección, alojamiento y asistencia, tanto sanitaria como espiritual, de los peregrinos. No se prolongó demasiado en el tiempo la ocupación de este convento por parte de los hospitalarios, pues según cuenta la tradición, en el 1309 cierto fraile alquimista al que un noble judío pidió que curara a su hija de mal de amores, se negó a conceder tal favor. El judío tomó venganza y en la noche de San Juan cuando todos los monjes estaban reunidos en el rezo de maitines y se disponían a celebrar la fiesta, asaltó el monasterio degollando a todos los frailes.

No tenemos confirmación de estos hechos, pero en el cuaderno de anotaciones que alguien de la familia Borau de



Cabecera



Sepulcro de Atho de Foces



Interior de la capilla mayor

Liesa tenía para su uso particular, se cita la matanza y dice así: "estas santas reliquias fueron de los templarios de Foces y la ermita (refiriéndose a Nuestra Señora del Monte de Liesa) era hospicio para ejercicios y hay casa y ermitaño para suministrar a los caballeros lo necesario en sus ejercicios y como poco antes fue su degüello, Dios las reservó a la Virgen del Monte...". Se trata de un documento de difícil datación que no sirve para verificar estos hechos, pues tenemos noticias que nos dicen que el comendador de Foces estuvo presente en las cortes de Zaragoza celebradas en 1320.

Con la desaparición de los sanjuanistas de este convento de Foces, no se volvió a dar sepultura en el templo. El castillo y la villa pasaron en 1440 a poder de la familia de los Urreas, momento en que la villa de Foces y el cenobio sanjuanista ya estaban deshabitados y aquel magnífico convento acabó por desaparecer; tan sólo se conserva el majestuoso templo testimonio del poderío de sus fundadores.

Varias son las hipótesis que se barajan en torno a la construcción de este edificio, a caballo entre el románico y el gótico, edificado en un periodo de ejecución sumamente breve y financiado por una de las familias con mayor poder

económico del momento. Una de estas hipótesis centra sus fundamentos en la existencia de una antigua iglesia tardorrománica que, según nos cuenta un documento conservado en la catedral de Huesca, existió en Foces dedicada al arcángel San Miguel, que se reaprovecharía para la construcción del panteón, remodelando la parte del crucero y la cabecera, basándose en las reducidas dimensiones de la nave en proporción al tamaño del resto de la iglesia.

A través de esta teoría nos queda sin justificar la enorme similitud que existe entre la portada principal de San Miguel de Foces y la Puerta del Palau de la catedral de Valencia, donde algunos autores han querido ver la forma de trabajar de los mismos canteros, algo que no resulta descartable teniendo en cuenta la vinculación en estos mismos años en que Eximino de Foces es nombrado procurador general del reino de Valencia y adonde marcha para instalarse definitivamente.

También parece posible un cambio en la dirección de las obras con la llegada de un nuevo maestro, más abierto a las nuevas influencias que llegan de Europa, puesto que a lo largo de todo el siglo XIII la arquitectura presenta pocas innovaciones respecto a los siglos anteriores, salvo la introducción de



Vista del crucero y de la nave

bóvedas de cañón apuntadas y arcos torales también apuntados. Poco a poco aparecen algunas novedades como las cabezeras poligonales, los contrafuertes o las bóvedas de crucería, formas constructivas que comienzan a ensayarse en estos momentos que coinciden con la construcción de esta iglesia.

San Miguel de Foces es una construcción de transición al gótico donde ambos estilos se solapan, edificada con buena sillería en la que aparecen abundantes marcas de cantero y donde las primeras soluciones góticas se aprecian claramente al exterior en la zona de la cabecera con sus tres ábsides que disponen de contrafuertes en ángulos. La nave continúa siendo fiel a los esquemas estéticos, técnicos y espaciales del románico, nave única cubierta por bóveda de cañón apuntada de dos tramos, marcados por arcos fajones apoyados en breves pilastras que se rematan en ménsulas con molduras escalonadas. A ambos lados de esta nave única se abren dos arcosolios destinados a albergar un sepulcro y de los que hay que resaltar su sobriedad.

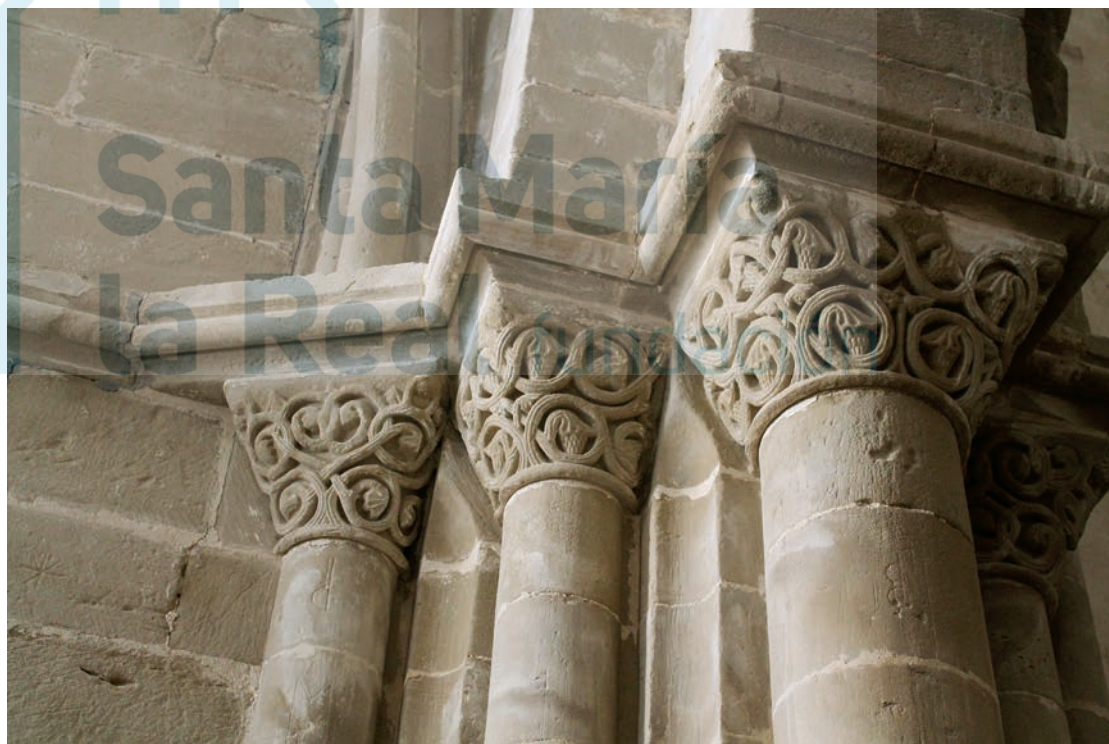
A los pies del lado del evangelio aparece una puerta cegada que vendría a comunicar con alguna de las dependencias del antiguo cenobio: es una puerta de puro estilo románico, de pequeñas dimensiones en su hueco pero con unas grandes

dovelas enmarcadas por una moldura perimetral decorada con puntas de diamante finamente labradas. Esta puerta se cegó en el siglo XIII para la construcción de una escalera de acceso al campanario. En opinión de algunos autores, esta escalera llevaba a la antigua torre de defensa actualmente desaparecida y es muy probable, dado el carácter militar de la orden de San Juan de Jerusalén, que esta escalera se construyera para dar acceso a un paseo de ronda que podría tener la iglesia fortificada, al igual que vemos en otras construcciones de características similares. Se trata de una escalera de caracol embutida en el muro de piedra y desde la cual actualmente se accede a la cubierta. Junto a la escalera se encuentra la pila bautismal, sin decoración y tallada en un solo bloque de piedra caliza, lo que viene a confirmar la hipótesis de la presencia de un núcleo de población cercano a esta iglesia.

Se modifica el concepto de nave única, con la utilización de planta de cruz latina cuyos brazos se cubren con bóveda de crucería, lo que significa un avance respecto de la construcción de la nave de la iglesia. El transepto está iluminado por dos óculos situados en la parte alta de los muros de los brazos norte y sur, y también se abren sendas ventanas ojivales en los muros de Poniente de ambos brazos, además



Capiteles del interior



Capiteles del interior

de las ventanas del ábside central y los absidiolos que miran al Este; de este modo tenemos huecos de luz en los cuatro puntos cardinales, algo que también resulta novedoso respecto al aspecto habitual de los edificios románicos con una iluminación mucho más tenue. La parte del crucero se cubre

con bóveda de crucería reforzada por doble nervadura de marcado carácter gótico.

En los muros de cierre correspondientes a los testeros del transepto se abren dos arcosolios apuntados, en disposición simétrica respecto a los ejes de las naves, que albergan

los sarcófagos de la familia fundadora, decorados por una serie de interesantes pinturas, bastante bien conservadas, correspondientes al estilo gótico lineal y que se pueden fechar en torno al 1300.

La iglesia de San Miguel de Foces posee una cabecera triabsidal, siendo el ábside central de mayores proporciones que los laterales. Los tres encajan ya con los modos de construir góticos, de mediados del siglo XIII: los ventanales abiertos en esta zona de la cabecera se alejan del modelo románico de arco de medio punto para adoptar el arco ojival propio del estilo gótico, y los tres ábsides se cierran con bóvedas gallonadas resaltadas por nervaduras que apean sobre finas columnas adosadas al muro con capiteles finamente labrados.

Las basas, tanto de las columnillas adosadas a los muros como de las pilastras en haz de la cabecera de la iglesia, corresponden a la tipología ática, tan utilizada en el románico; un detalle característico de este lugar es la decoración denticulada que aparece de forma aleatoria en muchas de estas basas bajo el collarino.

La decoración de los capiteles es en general de carácter geométrico y vegetal, alejados ya del repertorio temático propio del románico. No obstante hay que señalar la presencia de unos pocos capiteles con representación figurativa

que merecen ser destacados tanto por su iconografía como por el lugar relevante en el que se encuentran. Dos de ellos son los capiteles de las columnas de los arcos torales del lado del evangelio, en los cuales se representan cuatro basiliscos con las colas entrelazadas en la parte central, enmarcando la cabeza de un mono, y atacando a un hombre cada uno, situado en las esquinas del capitel. Otro de los basiliscos, esculpido en una cara lateral del capitel, mira fijamente a un hombre con vara de peregrino; elementos que simbolizan destrucción y muerte, por ello se sitúan a la izquierda del ábside. En el otro capitel del lado de la epístola se representan dos animales cuadrúpedos afrontados, una imagen que se repite en la iglesia del Salvador de Agüero: son escenas que vienen a significar la lucha entre el Bien y el Mal. También en la capilla central hay varios capiteles con tallas figurativas, algunos de ellos con una simbología relacionada con el carácter funerario del templo, como puede ser una representación de san Miguel, encargado de conducir las almas ante Dios, alanceando al demonio mientras otros diablos intentan arrebatárle las almas; una de las figuras que lo acompaña, a la derecha, sujeta una serpiente entre las manos, representación que aparece también en el tímpano de la portada de San Pedro de la catedral de Jaca y se identifica con los arrepentidos

Portada





Escudo de la Orden de San Juan de Jerusalén y reloj de sol con las horas canónicas

que protagonizaban las ceremonias de penitencia pública en la Edad Media. También en el ábside central encontramos otro capitel representando una cabeza humana que está siendo atacada por dos animales; cada uno de ellos le muerde una oreja.

Así pues, estos son los únicos capiteles donde aparece una representación iconográfica simbólica frente a la persistencia de capiteles derivados del corintio por todo el edificio, lo que pone de manifiesto que la actividad de este taller no fue muy extensa.

La portada principal se abre en el muro sur. Consta de cuatro arquivoltas de medio punto decoradas con distintos motivos seriados como son dientes de sierra, puntas de diamante y arquillos de herradura, todas ellas enmarcadas por una moldura decorada con roleos y palmetas, toda una profusa decoración vegetal que parece salir de la boca de sendos dragones situados al inicio del arco. Son los únicos animales que encontramos en la decoración de toda la portada, el resto de la ornamentación se basa fundamentalmente en motivos florales y geométricos. Estos arcos apean en los extremos sobre cuatro parejas de esbeltas columnas adosadas con capiteles de fina labra con decoración vegetal que descansan sobre un elevado podio.

Esta portada es similar a la portada más antigua que se conserva en la catedral de Valencia, conocida como puerta del Palau, fechada hacia 1262 y que puede sugerir que los artistas de Foces fueron empleados también en la fábrica de

una parte de la catedral de Valencia, sin duda debido a la mediación del procurador Jimeno de Foces. Algunos autores la relacionan también con la portada del santuario de Nuestra Señora de Salas, próxima a Huesca, si bien se trata de un modelo de portada muy extendido en la península ibérica en los edificios religiosos de los siglos XII y XIII.

En la fachada oeste encontramos otra puerta, centrada en el muro, de arco de medio punto, con largas y estrechas dovelas y rodeada en todo el perímetro del arco por una moldura con delicadas puntas de diamante, muy similar a la puerta que vemos cegada en su interior.

Cabe destacar la abundante presencia de marcas de cantería que encontramos en todo el edificio así como su diversidad, lo que demuestra la gran cantidad de trabajadores que intervinieron en la construcción del templo. La más curiosa de estas marcas es una llave que vemos próxima a la puerta de los pies de la iglesia y que no volvemos a ver en todo el edificio. Este signo lapidario coincide con otros hallados en los monasterios cistercienses de Veruela y de Santa María de Huerta en Soria. Esta coincidencia puede contribuir a establecer como fecha de construcción de esta fachada los años finales del siglo XIII.

Encontramos en el muro sur otras inscripciones incisas en la piedra. Una de ellas es el escudo de los Caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén, con la cruz de ocho puntas y bajo esta un círculo en el que se marcan las horas de oración: prima, tercia, sexta, nona y vísperas, junto con la

representación de un rudimentario reloj de sol, lo que pone de manifiesto la importancia que tenía para los que habitaron este lugar el control del tiempo. Consultando el reloj solar era posible conocer los horarios de los oficios.

Recientemente se han llevado a cabo unas excavaciones arqueológicas que han descubierto restos de edificaciones adosadas a la fachada oeste y al entorno próximo, que seguramente aportarán nuevos datos que nos ayuden a comprender mejor el pasado de este lugar.

Texto y fotos: MENB - Planos: RCL

Bibliografía

ANDOLZ CANELA, R., 1992, pp. 30-31; BENITO MOLINER, M., 1995, pp. 21-23; GARCÉS MANAU, C., 2005, pp. 9-18; GARCÍA CIPRÉS, G., 1996; LÓPEZ GONZÁLEZ, C. *et alii*, 2007; MALÉ MIRANDA, G., 2009, pp. 48-55; NAVAL MAS, A. y NAVAL MAS, J., 1980, pp. 154-156; UBIETO ARTETA, A., 1984-1986, II, p. 638; ZABALA LATORRE, D., 2009, pp. 41-49; ZAPATER, A., 1986, p. 1291.

